

Presentación de libros

Hartmut ROSA, *Demokratie braucht Religion. Über ein eigentümliches Resonanzverhältnis*, München, Kösel 2022, 80pp. ISBN 978-3-641-30185-9

La democracia necesita de la religión. Sobre una relación peculiar de resonancia es una de las últimas publicaciones del sociólogo alemán Hartmut Rosa, basada en una conferencia que dictó en 2022 en la sede diocesana de Wurzburg. El libro incluye, además, una sugerente introducción del político de izquierda Gregor Gysi.

A primera vista, el título del volumen puede resultar impreciso por tres motivos. En primer lugar, porque deja de lado la cuestión de si todas las sociedades modernas o “desarrolladas” necesitan religión, sean democráticas, como Alemania, o no, como China o Arabia Saudita. En segundo lugar, porque para quienes no están familiarizados con el pensamiento de Rosa, no queda claro el significado del verbo *necesitar*. ¿Necesitan nuestras sociedades de la religión para seguir con el ritmo “deshumano” de producción, consumo y militarización, que las distingue? ¿O la necesitan para encontrar un nicho desde el cual intentar cambiar esas dinámicas? En tercer

lugar, porque más que referirse a la religión en general –lo que implicaría incluir las diversas modalidades de espiritualidad actuales– el texto parece concentrarse en la religión católica y, en particular, en la función de la Iglesia. Sobre estos puntos volveremos brevemente al final de la reseña.

El texto de Rosa se organiza en dos grandes partes. En la primera, el autor expone su “diagnóstico de nuestro tiempo”, conocido en el medio académico como “aceleración” (*Beschleunigung*), parte esencial de su teoría sociológica. Según Rosa, nuestra sociedad se caracteriza por su “estancamiento acelerado” (*rasendes Stillstandes*) o su “estabilización dinámica” (*dynamische Stabilisierung*). Ahora bien, no se trata de un rasgo secundario, sino del elemento central: “Una sociedad es moderna, si puede estabilizarse únicamente de modo dinámico, esto es, si depende sistemática y estructuralmente de un incremento permanente para reproducirse y mantener su *status quo*

institucional” (29). Desde ya, Rosa no supone que haya sociedades estáticas ni que las haya habido en el pasado, ya que todas las comunidades humanas, incluso las “primitivas”, se han caracterizado por la adaptación continua al medio y la innovación. El punto está, más bien, en que lo que distingue a nuestra sociedad de las pasadas es la *necesidad estructural de crecimiento continuo*, que además debe darse a un ritmo cada vez más intenso para, al fin y al cabo, mantener su configuración social previa. Sin crecimiento, afirma el autor, el conjunto social no puede tenerse en pie: o se sigue creciendo o el orden se desploma.

Uno de los problemas de este crecimiento continuo y acelerado es el inmenso gasto de energía física que demanda. Los efectos colaterales de ese empleo voraz de recursos son bien conocidos: el calentamiento de la atmósfera, la deforestación, la contaminación de las aguas y los suelos, la extinción de la diversidad de la flora y la fauna, etc., es decir, el previsible agotamiento de las posibilidades mismas de subsistencia en el tiempo. Otro de los problemas del “progreso” imparable es la necesidad de emplear una inmensa cantidad de “energía

social” para mantener su dinamismo, en particular de energía política. Para lograr el crecimiento ansiado por todas las naciones es imprescindible motivar y dirigir incansablemente a los consumidores e incentivar una y otra vez a los productores, lo que lleva a un vaciamiento de las reservas de fuerzas comunitarias. Por último, el tercer aspecto problemático del fenómeno está en el empleo de una cantidad ingente de “energía psíquica”. El sistema no puede crecer si los individuos no dan lo mejor de sí para producir y consumir, sin que prácticamente les queden fuerzas ni tiempo para otras actividades “improductivas” pero esenciales.

Esa aplicación masiva de energías –física, social y psíquica–, continúa Rosa, genera un tipo de relación con el mundo natural, con los otros seres humanos y con uno mismo cargada de *agresividad*. Nos relacionamos agresivamente con todo y todos. La naturaleza se vuelve un objeto a explotar. La sociedad se fractura y polariza en dos bandos, el de los que piensan como uno y el de adversarios a acallar y degradar (esta actitud vuelve imposible el diálogo, esencia de la vida democrática). Finalmente, uno

mismo termina extenuado, en un estado de permanente agotamiento, enajenación o depresión. En otras palabras, el “progreso” ya no promete lo que antes pregonaba: un mundo caracterizado por la seguridad, la abundancia y el ocio. Cada vez nos sentimos más inseguros, percibimos carencias antes insospechadas y no disponemos de tiempo realmente libre. Así, esta dinámica social socava la base en la que se asienta nuestra sociedad: no solo explota la naturaleza en tanto reservorio limitado de recursos físicos, sino que polariza la sociedad en amigos y enemigos, y extenúa al individuo hasta dejarlo en un estado de vacío existencial.

La segunda parte de la conferencia el autor busca individualizar una salida a la situación descrita. En concreto, sostiene que la religión es necesaria para (a) redefinir nuestro vínculo con la naturaleza, (b) reinstaurar el diálogo con el otro sin el cual no puede haber un sistema democrático digno de ese nombre, y (c) rehabilitarnos del estado de agotamiento y depresión en el que estamos sumidos como personas: “Son especialmente las iglesias las que disponen de narraciones, de un legado de saberes, de ritos,

de prácticas y de espacios en los que puede ejercitarse e incluso tal vez experimentarse un corazón abierto a la escucha” (55). Aquí conviene notar que la frase “dame un corazón que escuche”, tomada del libro de Reyes y atribuida a Salomón, funciona a manera de hilo conductor de la reflexión que nos ocupa. Unas páginas más abajo, el escritor vuelve sobre esa idea: “La religión tiene la fuerza, tiene un conjunto de ideas y de rituales compuesto de cánticos, de gestos, de espacios, de tradiciones y de prácticas apropiados para proponer un sentido, esto es, para que uno se deje transformar y se mantenga en resonancia” (74).

Justamente este último concepto –resonancia– nos lleva al núcleo de la propuesta que Rosa expone en la segunda parte de la conferencia. En este contexto es importante señalar que, para él, la resonancia se compone de cuatro dimensiones. La primera es la *apertura* y, más específicamente, la *atención* dirigida a lo que se escucha o percibe, porque ese *input* interno o externo puede ser, en realidad, una señal, un mensaje, una llamada al diálogo. Si ese es efectivamente el caso, entonces algo repercutirá, resonará en

nosotros. Ahora bien, la resonancia no es solo escucha activa, espera atenta de un mensaje, sino también *diálogo*. Ese diálogo es una nueva esfera que emerge del vínculo entre las partes surgido tras la apertura inicial y la respuesta. En otros términos, la segunda dimensión de la resonancia consiste en el ámbito dialógico que emana una vez que las individualidades, previamente aisladas y cerradas, se abren y se comunican mutuamente. La tercera dimensión de la resonancia es la *transformación* de los individuos participantes gracias a esa nueva esfera dinámica comunicativa que ha surgido. El nivel emergente del diálogo entre los individuos vuelve sobre estos y los modifica, los recrea. Ahora bien, ni la señal inicial ni el proceso de transformación que se desencadena una vez entablado el diálogo es algo que pueda estar bajo nuestro control. Por eso, la cuarta dimensión de la resonancia es la *indisponibilidad*. No podemos obligar al otro a que dialogue con nosotros; solo podemos manifestar nuestra disposición a la escucha y la interacción. Dicho de otro modo, no podemos disponer del inicio de la resonancia y tampoco prever su resultado. La resonancia nos

remodela sin que sepamos exactamente en qué consistirá ese cambio (en este punto Rosa se sirve del concepto de *natalidad* de Hannah Arendt). “Pienso que esta sociedad necesita una reflexión sobre justamente esa capacidad de sentirse llamado; necesita también la experiencia de la correspondiente autoeficacia con resultado abierto” (56).

La religión puede ser, según Rosa, un ámbito que nos brinde un tiempo, un espacio y un modo de conocer y hacer que nos permitan experimentar la resonancia y sus manifestaciones prácticas, y dejar de lado, aunque sea transitoriamente, nuestra agresividad (dirigida a la naturaleza, a los otros y a nosotros mismos), aspecto sin el cual la ecología, la democracia y el cuidado de uno mismo no pueden darse.

Concluyendo, el libro no solo ofrece una introducción amena a su pensamiento, sino que también constituye un aporte imprescindible al debate actual en torno a la compleja relación entre la religión y la democracia en el siglo XXI. En cierto sentido, el autor intenta darles un nuevo giro de tuerca a los aportes de sociólogos como Hans Joas, Axel Honneth y Jürgen Habermas, por

citar tan solo a tres figuras centrales del panorama intelectual alemán contemporáneo.

Quisiéramos indicar, a manera de cierre, tres aspectos problemáticos de su propuesta. En primer lugar, no queda claro si la opción por la resonancia es una forma de encarar el cambio social (de revertir su estructura auto-destructiva) o si es “tan solo” un modo de abrirse un espacio individual o comunitario para buscar “sobrevivir” a la perversidad de la dinámica social. En otras palabras, ¿la resonancia es una propuesta política revolucionaria o simplemente una sugerencia para lograr escapar, aunque sea provisoriamente, del ritmo frenético y alienante de nuestra sociedad productivista, consumista y militarista?

En segundo lugar, se plantea la siguiente cuestión: si la sociedad moderna es por definición una sociedad atenazada a su lógica de crecimiento continuo y acelerado, ¿es posible transformarla, abandonarla o superarla sin volver a caer en algunas de las formas sociales premodernas? ¿Cuál es el tipo alternativo de organización social que tiene en mente Rosa? ¿Y cuáles serían

los criterios normativos para evaluarla?

Finalmente, es importante recordar que también las religiones han sido fuente de aniquilación de los discursos diversos, de justificaciones de imposiciones uniformes (confundiendo uniformidad con universalidad) y de gestos de violencia. En este sentido, algunas de las afirmaciones de Rosa, como las relativas al tiempo y al espacio que las religiones proveen, pueden resultar ingenuas si no se tienen los necesarios recaudos críticos. Identificar cómo la democracia necesita la religión es un trabajo que corre paralelo a identificar cómo la religión necesita la democracia.

Marcos BREUER

Metropolitan College of Athens, Grecia
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina

Diego FONTI

Universidad Católica de Córdoba
Argentina